

JAMES DASHNER

LAS PRUEBAS

Traducción del inglés

Noemí Risco Mateo



Madrid, 2011

Título original inglés: *The Scorch Trials*

© de la obra: James Dashner, 2010

© de la traducción: Noemí Risco Mateo, 2011

© del diseño: Juan Antonio Fernández de Castro

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.es

www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: septiembre de 2011

Primeras correcciones: Juana Salabert

Segundas correcciones: Eva Méndez Herranz

Composición: FMG

Impreso en España / *Printed in Spain*

Ino Reproducciones, S.A.

ISBN: 978-84-939200-0-5

Depósito Legal:

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Para Wesley, Bryson, Kayla y Dallin. Los mejores niños del mundo.

CAPÍTULO 1

Le habló antes de que el mundo se desmoronara:

Eh, ¿aún estás despierto?

Thomas cambió de postura en la cama y sintió una oscuridad a su alrededor, como si el aire se volviera sólido y le apretara. Al principio le entró el pánico; los ojos se le abrieron de golpe cuando se imaginó de vuelta en la Caja, aquel horrible cubo de frío metal que le había llevado hasta el Claro y el Laberinto. Pero había una luz tenue y unas oscuras sombras fueron apareciendo poco a poco en la enorme habitación. Literas. Cómodas. Las suaves respiraciones y los gorjeantes ronquidos de los chicos que dormían profundamente.

Una sensación de alivio le inundó. Ahora estaba a salvo en su dormitorio. Ya no había preocupaciones. Ya no había laceradores. Ya no había muerte.

¿Tom?

Sonó una voz en su cabeza, la de una chica. No era audible ni visible. Pero, aun así, la oía, aunque nunca podría haberle explicado a nadie cómo funcionaba.

Exhaló después de inspirar profundamente y se relajó sobre la almohada; sus nervios de punta se calmaron tras aquel momento de terror. Respondió, formando las palabras con sus pensamientos:

¿Teresa? ¿Qué hora es?

No tengo ni idea —contestó—, pero no puedo dormir. Probablemente me haya echado una cabezada de una hora. Tal vez más. Esperaba que estuvieras despierto para hacerme compañía.

Thomas intentó no sonreír. Aunque no pudiera verle, seguiría siendo embarazoso.

No me has dejado muchas más opciones, ¿no? Es un poco difícil dormir cuando alguien te está hablando directamente dentro de tu cráneo.

Llorica. Vuelve a dormir, entonces.

No, estoy bien —se quedó mirando a los pies de la litera que había encima de él, sin ninguna característica especial y algo borrosa en la sombra, donde Minho respiraba como si tuviera la garganta llena de flemas—. ¿En qué has estado pensando?

¿Tú qué crees? —por alguna razón, proyectó un toque de cinismo en sus palabras—. Sigo viendo a los laceradores. Su repugnante piel y sus cuerpos grasientos con todos aquellos pinchos y brazos de metal. Estaban demasiado cerca para sentirme cómoda, Tom. ¿Cómo vamos a quitarnos algo así de la cabeza?

Thomas sabía lo que pensaba. Aquellas imágenes no se les borrarían nunca. A los clarianos les perseguirían el resto de sus vidas las cosas horribles que habían sucedido en el Laberinto. Se figuró que

la mayoría, si no todos, tendría problemas psicológicos importantes. Quizás hasta se volvían tarados.

Y sobre todo, tenía una imagen grabada a fuego en su memoria como si se la hubieran marcado al rojo vivo. Su amigo Chuck, apuñalado en el pecho, sangrando y muriéndose mientras Thomas lo sostenía.

Sabía que nunca lo olvidaría, pero lo que le dijo a Teresa fue:

Se te pasará. Tan sólo necesitas un poco de tiempo, eso es todo.

Eso es una tontería —replicó ella.

Lo sé —¡qué ridículo era que le encantara oírle decir algo así, que su sarcasmo significara que las cosas se arreglarían! «Eres idiota», se dijo a sí mismo, y luego esperó que ella no hubiera oído ese pensamiento.

Odio que me hayan separado de vosotros —dijo Teresa.

Aunque Thomas entendía por qué lo habían hecho. Era la única chica y el resto de los clarianos eran adolescentes, una panda de pingajos en los que todavía no confiaba.

Supongo que ha sido para protegerte.

Sí, supongo —al oír aquellas palabras, la melancolía, pegada a ellas como sirope, se filtró en su cerebro—. *Pero es un rollo estar sola después de todo por lo que hemos pasado.*

Por cierto, ¿adónde te han llevado?

Teresa sonaba tan triste que casi le entraban ganas de levantarse e ir a buscarla, pero fue más sensato.

Justo al otro lado de esa gran sala común donde comimos anoche. Es una habitación pequeña con unas cuantas literas. Estoy segurísima de que cerraron la puerta con llave cuando se marcharon.

¿Ves? Te he dicho que querían protegerte —después, añadió enseguida—: No es que te haga falta precisamente. Apostaría mi dinero por ti contra al menos la mitad de estos pingajos.

¿Sólo la mitad?

Vale, contra tres cuartos. Incluido yo.

A continuación hubo un largo silencio, aunque de alguna manera Thomas seguía percibiendo su presencia. La sentía. Era similar al modo en que, pese a no poder ver a Minho, sabía que su amigo estaba tumbado a tan sólo unos centímetros encima de él. Y no era sólo por los ronquidos. Cuando alguien está cerca, lo sabes.

A pesar de todos los recuerdos de las últimas semanas, Thomas estaba sorprendentemente calmado y el sueño no tardó en vencerle de nuevo. La oscuridad dominó su mundo, pero ella estaba allí, cerca de él en muchos sentidos. Casi... tocándolo.

No notaba el paso del tiempo mientras se encontraba en aquel estado. Estaba medio dormido, medio disfrutando de su presencia y de la idea de que les habían rescatado de aquel lugar horrible. Estaban a salvo, y Teresa y él podían volver a encontrarse. Aquella vida podía estar bien.

Sueño dichoso. Confusa oscuridad. Calor. Un resplandor físico. Casi flotaba.

El mundo parecía desvanecerse. Todo se volvió dulce y adormecido. Y la oscuridad, de algún modo, era reconfortante. Se deslizó hacia un sueño.

Es pequeño. ¿Tiene cuatro años, tal vez? ¿Cinco? Está tumbado sobre una cama, tapado con las mantas hasta la barbilla.

Hay una mujer sentada junto a él, con las manos en el regazo. Tiene el pelo largo y castaño, y su rostro comienza a mostrar los primeros signos de la edad. Tiene los ojos tristes. Lo sabe a pesar de que ella se esfuerza mucho por ocultarlo con una sonrisa.

Quiere decir algo, hacerle una pregunta; pero no puede. No está allí de verdad. Tan sólo lo presencia desde un sitio que no entiende del todo. La mujer empieza a hablar con un tono a la vez dulce e irritado que le molesta:

—No sé por qué te han elegido, pero sí sé que eres especial. Nunca lo olvides. Tampoco olvides nunca... —la voz se le quiebra y las lágrimas le recorren el rostro—, nunca olvides cuánto te quiero.

El chico responde, pero no es Thomas quien habla. Aunque en realidad sí es él. Nada tiene sentido.

—¿Te vas a volver loca como toda esa gente que sale en la tele, mamá? ¿Como... papá?

La mujer extiende la mano y le pasa los dedos por el pelo. ¿La mujer? No, no puede llamarla así. Es su madre. Es... mamá.

—No te preocupes por eso, cariño —dice—. No estarás aquí para verlo.

Su sonrisa ha desaparecido.

El sueño se convirtió en oscuridad demasiado rápido y dejó a Thomas sumido en un vacío, con nada más que sus pensamientos. ¿Había visto otro recuerdo salido de las profundidades de su amnesia? ¿De verdad había visto a su madre? Había dicho algo acerca de que su padre se había vuelto loco. Thomas sintió en su interior un profundo y persistente dolor e intentó refugiarse en el olvido.

Más tarde —de cuánto exactamente no tenía ni idea—, Teresa volvió a hablarle:

Tom, algo va mal.

CAPÍTULO 2

Así fue cómo empezó. Oyó a Teresa decir esas palabras, pero parecían muy lejanas, como si las dijera desde el otro lado de un largo túnel abarrotado de cosas. El sueño se había convertido en un líquido resbaladizo, espeso y pegajoso que le atrapaba. Tenía conciencia de sí mismo, pero se dio cuenta de que estaba fuera del mundo, sepultado por el agotamiento. No podía despertarse.

¡Thomas! —gritó Teresa.

Un ruido desgarrador en su cabeza. Sintió el primer rastro de miedo, pero era más bien un sueño. Sólo podía dormir. Y ahora estaban a salvo, ya no tenían por qué preocuparse. Sí, tenía que ser un sueño. Teresa estaba bien, ellos estaban bien. Volvió a relajarse y dejó que el sueño le inundara.

Otros sonidos se abrieron camino a su conciencia: golpazos, el repiqueteo del metal contra el metal, algo que se hacía añicos. Chicos chillando. O más bien el eco de los gritos, muy distante, amortiguado. De repente, se parecieron más a gritos. Unos alaridos de angustia sobrenaturales. Pero seguían siendo lejanos, como si los envolviera un grueso capullo de oscuro terciopelo.

Al final, algo interrumpió la comodidad del sueño: eso no estaba bien. ¡Teresa le había llamado, le había dicho que algo iba mal! Luchó contra el profundo sueño que le consumía, arañó el fuerte peso que le inmovilizaba.

«¡Despierta! —gritó para sus adentros—. ¡Despierta!».

Entonces algo desapareció de su interior. Estaba allí y al instante se había ido. Notó como si le hubieran arrancado un órgano principal de su cuerpo.

Había sido ella. Ya no estaba.

¡Teresa! —gritó con su mente—. *¡Teresa! ¿Estás ahí?*

Pero no había nada y ya no sentía aquel consuelo al tenerla cerca. Repitió su nombre una y otra vez mientras continuaba luchando contra el oscuro sueño que tiraba de él.

Por fin, la realidad volvió y se llevó la penumbra. Sumido en el terror, Thomas abrió los ojos, se sentó enseguida sobre la cama, incorporándose rápidamente, y saltó. Miró a su alrededor.

Todo era una locura.

El resto de clarianos corría por la habitación, gritando. Y unos sonidos terribles, espantosos, llenaban el aire, como los atroces gritos de unos animales a los que estuvieran torturando. Fritanga estaba señalando hacia la ventana, con la cara pálida. Newt y Minho corrían en dirección a la puerta. Winston tenía las manos sobre su rostro aterrizado y plagado de acné, como si acabara de ver un zombi carnívoro. Otros tropezaban entre sí para mirar por las distintas ventanas,

pero alejados del cristal. Con algo de dolor, Thomas se dio cuenta de que no sabía la mayoría de los nombres de los veinte chicos que habían sobrevivido al Laberinto; una extraña idea en medio de todo aquel caos.

Algo en el rabillo del ojo le hizo darse la vuelta para mirar hacia la pared. Lo que vio eliminó de inmediato toda la paz y seguridad que había sentido hablando con Teresa por la noche. Le hizo dudar incluso de que tales emociones pudieran existir en el mismo mundo en el que estaba en aquellos momentos.

A un metro de su cama, cubierta con unas cortinas de colores muy vivos, una ventana daba a una luz brillante y cegadora. Al otro lado había un hombre agarrado a los barrotes, con las manos ensangrentadas. Tenía los ojos muy abiertos, inyectados en sangre, llenos de locura. Las llagas y las cicatrices cubrían su fino rostro quemado por el sol. No tenía pelo, tan sólo unas manchas infectadas de lo que parecía ser moho verduoso. Una atroz hendidura se extendía por su mejilla derecha; Thomas podía verle los dientes a través de la herida en carne viva y purulenta. Una saliva rosada babeaba en líneas ondulantes desde la barbilla del hombre.

—¡Soy un raro! —gritó aquel horror—. ¡Soy un maldito raro!

Y entonces empezó a gritar lo mismo una y otra vez, mientras escupía con cada alarido:

—¡Matadme! ¡Matadme! ¡Matadme...!

CAPÍTULO 3

Una mano cayó de golpe sobre el hombro de Thomas; este pegó un grito y se dio la vuelta para ver a Minho, que tenía la vista clavada en el loco que gritaba por la ventana.

—¡Están por todas partes! —exclamó Minho. Su voz tenía un tono triste, equiparable al estado de ánimo de Thomas. Al parecer, todo lo que se habían atrevido a esperar la noche anterior se había desvanecido completamente—. Y no hay ni rastro de los pingajos que nos rescataron —añadió.

Thomas había vivido sumido en el miedo y el terror durante las últimas semanas, pero aquello ya era demasiado. ¿Sentirse a salvo sólo para que se lo arrebataran de nuevo! Aunque para su asombro, enseguida echó a un lado aquella parte de él que quería volver de un salto a la cama y llorar a lágrima viva. Apartó el dolor persistente que sentía al recordar a su madre y lo que le había pasado a su padre y a la gente que se había vuelto loca. Thomas sabía que alguien tenía que hacerse cargo de la situación. Necesitaban un plan si querían sobrevivir también a aquello.

—¿Ha conseguido entrar alguno? —preguntó, embargado por una extraña calma—. ¿Todas las ventanas tienen estos barrotes?

Minho hizo un gesto de asentimiento en dirección a una de las muchas que cubrían las paredes de la larga habitación rectangular.

—Sí. Ayer por la noche estaba demasiado oscuro para verlos, sobre todo con esas estúpidas cortinas recargadas. Pero me alegro muchísimo de que estén ahí.

Thomas miró a los clarianos. Algunos corrían de ventana en ventana para echar un vistazo afuera mientras que otros estaban apiñados, formando un pequeño grupo. Todos parecían medio incrédulos, medio aterrorizados.

—¿Dónde está Newt?

—Aquí mismo.

Thomas se dio la vuelta para ver al mayor del grupo, sin saber lo mucho que le había echado de menos.

—¿Qué pasa?

—¿Crees que tengo la más puñetera idea? Según parece, una panda de locos nos quiere comer para desayunar. Tenemos que encontrar otra habitación para reunirnos. Todo este ruido me está tala-drando el puñetero cráneo.

Thomas asintió distraídamente; el plan le parecía bien, pero esperaba que Newt y Minho se encargaran de llevarlo a cabo. Estaba impaciente por contactar con Teresa. Esperaba que su advertencia

fuera tan sólo parte de un sueño, una alucinación provocada por la droga de aquel agotamiento. Y aquella visión de su madre...

Sus dos amigos se alejaron para llamar con gestos a los clarianos. Thomas dirigió una mirada tímida al loco destrozado de la ventana, pero apartó la vista de inmediato y deseó que su cerebro no hubiera recordado la sangre, la carne desgarrada, los ojos de trastornado y los gritos histéricos.

¡Matadme! ¡Matadme! ¡Matadme!

Fue a trompicones hacia la pared más alejada y se recostó contra ella.

Teresa —volvió a llamarla mentalmente—. *Teresa. ¿Me oyes?*

Esperó con los ojos cerrados para concentrarse. Extendió unas manos invisibles con la intención de captar algún rastro de ella. Nada. Ni siquiera una sombra pasajera o una ligera sensación, así que mucho menos una respuesta.

Teresa —repitió con más urgencia, apretando los dientes por el esfuerzo—. *¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado?*

Nada. Su corazón pareció ralentizarse hasta casi detenerse y se sintió como si se hubiera tragado un trozo grande de algodón. Algo le había ocurrido a la chica.

Abrió los ojos y vio que los clarianos se habían reunido alrededor de la puerta pintada de verde que llevaba a la zona común donde comieron *pizza* la noche anterior. Minho estaba tirando del pomo redondo de latón en vano. Estaba cerrada con llave.

La otra puerta daba a unas duchas con vestuarios y no existía ninguna salida más. Tan sólo esa y las ventanas, todas con barrotes de metal. Gracias a Dios, porque en cada una había locos violentos gritando y vociferando desde fuera.

Aunque la preocupación le consumía como ácido derramado en sus venas, Thomas cesó por un momento de intentar contactar con Teresa y se reunió con los demás clarianos. Newt trataba de abrir la puerta con el mismo resultado inútil.

—Está cerrada con llave —masculló cuando por fin se rindió, y dejó caer los brazos débilmente a los costados.

—No me digas, genio —soltó Minho con sus fuertes brazos cruzados y en tensión, con todas las venas hinchadas. Thomas pensó por una fracción de segundo que casi podía ver bombear la sangre a través de ellas—. No me extraña que te pusieran el nombre de Isaac Newton. ¡Qué gran capacidad de raciocinio!

Newt no estaba de humor. O quizás había aprendido hacía mucho tiempo a ignorar los comentarios de Minho el listillo.

—Romparamos el maldito pomo —miró a su alrededor como si esperase que alguien le diera un mazo.

—¡Ojalá esos cara... raros se callaran! —gritó Minho, y se dio la vuelta para mirar con el ceño fruncido al que estaba más cerca: una mujer incluso más horrorosa que el primer hombre que había visto Thomas. Una herida sangrante le atravesaba el rostro y terminaba al otro lado de su cabeza.

—¿Raros? —repitió Fritanga.

El cocinero peludo había permanecido callado hasta entonces, apenas habían notado su presencia. Thomas lo veía incluso más asustado que antes de enfrentarse a los laceradores para escapar del Laberinto. Quizás aquello fuera peor. Al meterse en la cama la noche antes, les había parecido que todo iba bien y estaban a salvo. Sí, tal vez aquello fuera peor porque lo tenían y se quitaron de repente.

Minho señaló a la mujer ensangrentada que estaba chillando.

—Así es cómo no paran de llamarse. ¿No lo has oído?

—Por mí como si los llamas sauces llorones —respondió Newt—. ¡Encuétrame algo para atravesar esta estúpida puerta!

—Ten —dijo un chico más bajo, que llevaba un extintor estrecho pero sólido que había cogido de la pared. Thomas recordó haberlo visto antes. De nuevo se sintió culpable por no recordar el nombre de aquel chaval.

Newt agarró el cilindro rojo, dispuesto a aporrear el pomo de la puerta. Thomas se acercó todo lo que pudo, impaciente por ver qué había al otro lado, aunque tenía el presentimiento de que fuera lo que fuera, no les iba a gustar.

Newt levantó el extintor y luego golpeó con fuerza el pomo redondo de latón. A aquel martilleo le acompañó un crujido aún más fuerte y tan sólo hicieron falta tres golpes más antes de que el pomo cayera al suelo con un sonido metálico al hacerse pedazos. La puerta

se movió lentamente y se entreabrió lo justo para mostrar la oscuridad del otro lado.

Newt se quedó en silencio, con la vista clavada en el largo y estrecho hueco de negrura, como si esperase que aparecieran volando demonios del averno. Distráidamente, devolvió el extintor al chico que lo había encontrado.

—Vamos —dijo. Thomas creyó percibir un ligero temblor en su voz.

—¡Espera! —gritó Fritanga—. ¿Estamos seguros de que queremos salir ahí fuera? A lo mejor esa puerta estaba cerrada por algún motivo.

Thomas no pudo evitar estar de acuerdo; algo fallaba en todo aquello.

Minho se adelantó para colocarse junto a Newt, observó a Fritanga y luego intercambió una mirada con Thomas.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? ¿Sentarnos a esperar que esos chiflados entren? Vamos.

—Esos bichos raros van a tardar bastante en atravesar los barrotes de las ventanas —replicó Fritanga—. Pensemos un segundo.

—El tiempo de reflexión ha terminado —respondió Minho. Dio una patada con el pie y la puerta se abrió del todo. Al otro lado la penumbra parecía aún mayor—. Además, deberías haber hablado antes de que rompíéramos la cerradura en mil pedazos, gilipullo. Ahora es demasiado tarde.

—Odio que tengas razón —gruñó Fritanga entre dientes.

Thomas no podía dejar de mirar más allá de la puerta abierta, hacia el pozo de negra oscuridad. Sintió una aprensión familiar al saber que tenía que haber sucedido algo o, de lo contrario, los que les habían rescatado habrían ido a buscarles hacía un buen rato. Pero Minho y Newt tenían razón: debían salir en busca de respuestas.

—¡Foder —exclamó Minho—, yo iré primero!

Sin esperar una reacción, atravesó la puerta abierta y su cuerpo desapareció en la penumbra casi al momento. Newt miró a Thomas de forma vacilante y después siguió a Minho. Por alguna razón, Thomas creyó que dependía de él ir detrás, así que se decidió.

Paso a paso, dejó el dormitorio y entró en la oscuridad de la zona común, con los brazos extendidos delante de él.

El resplandor de luz que venía de atrás no iluminaba mucho las cosas; bien podría haber estado caminando con los ojos muy apretados. Y aquel lugar olía fatal.

Desde delante, Minho dio un grito y después dijo:

—Guau, tened cuidado. Algo... extraño cuelga del techo.

Thomas oyó un ligero chirrido o un chasquido, algo que crujió. Como si Minho hubiera chocado con una lámpara demasiado baja y la hubiera hecho balancearse hacia delante y atrás. Se oyó un gruñido de Newt a la derecha, seguido del chirrido del metal arrastrado por el suelo.

—Una mesa —anunció Newt—. Cuidado con las mesas.

Fritanga habló detrás de Thomas:

—¿Alguien recuerda dónde estaban los interruptores de la luz?

—Ahí es donde me dirijo —contestó Newt—. Juraría que recuerdo haber visto unos cuantos en algún sitio, por ahí.

Thomas continuó avanzando a ciegas. Sus ojos se habían adaptado un poco; donde antes todo era un muro de negrura, ahora veía rastros de sombras entre las sombras. Aun así, faltaba algo. Todavía estaba un poco desorientado, pero las cosas parecían no estar en el sitio correcto. Era casi como si...

—Arggggh —gruñó Minho con un escalofrío de repulsión, como si acabara de pisar un montón de clonc. Otro chirrido atravesó la sala.

Antes de que Thomas pudiera preguntar qué había pasado, se topó con algo. Duro, de forma repugnante. Con el tacto de una tela.

—¡Los he encontrado! —gritó Newt.

Se oyeron unos cuantos clics. Entonces la sala se iluminó de pronto con la luz de los fluorescentes, que dejó ciego por un momento a Thomas. Se apartó a trompicones de la cosa con la que había chocado, se restregó los ojos, dio con otra figura rígida y la apartó con un empujón.

—¡Ostras! —gritó Minho.

Thomas entrecerró los ojos y su visión se aclaró. Se obligó a contemplar la escena de terror que le rodeaba.

Por toda aquella enorme sala había personas pendiendo del techo, al menos una docena. Las habían colgado por el cuello, y las cuerdas, retorcidas, se hundían en la piel morada e hinchada. Los cuerpos rígidos se balanceaban adelante y atrás ligeramente, con las lenguas de color rosa pálido saliendo de sus bocas de labios blancos. Todos tenían los ojos abiertos, aunque vidriosos por una muerte segura. Debían de llevar horas así. La ropa y algunas de sus caras les resultaban familiares.

Thomas cayó de rodillas. Conocía a aquellos muertos.

Eran los que habían rescatado a los clarianos. Justo el día anterior.

CAPÍTULO 4

Thomas intentó no mirar ningún cadáver mientras se ponía de pie. Medio caminó, medio avanzó a trompicones hasta Newt, que continuaba junto a los interruptores, con la mirada aterrorizada yendo de un cadáver a otro de los que colgaban por toda la habitación.

Minho se unió a ellos y maldijo entre dientes. Otros clarianos salieron del dormitorio y empezaron a gritar cuando se dieron cuenta de lo que veían; Thomas oyó a un par de ellos tener arcadas, vomitar y escupir. Él mismo sintió unas ganas terribles de hacerlo, pero se contuvo. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo podían haberles arrebatado todo tan pronto? Su estómago se tensó cuando la desesperación amenazó con derribarle.

Entonces se acordó de Teresa.

¡Teresa! —la llamó con su mente—. *¡Teresa!* —una y otra vez gritó mentalmente su nombre con los ojos cerrados y la mandíbula apretada—. *¿Dónde estás?*

—Tommy —dijo Newt, que alargó el brazo para estrecharle el hombro—, ¿qué puñetas te pasa?

Thomas abrió los ojos y se dio cuenta de que se había doblado en dos y se aferraba el estómago con los brazos. Despacio, se enderezó y trató de apartar el pánico que le consumía por dentro.

—¿Tú... tú qué crees? Mira a nuestro alrededor.

—Sí, pero parece que estuvieras sufriendo o te doliera algo.

—Estoy bien, tan sólo intento encontrarla en mi mente. Pero no puedo —no estaba bien. Odiaba recordarles a los demás que Teresay él podían comunicarse telepáticamente. Y si todas aquellas personas estaban muertas...—. Tenemos que averiguar dónde la pusieron —soltó, agarrándose enseguida a un cometido para aclarar su mente.

Examinó la sala, esforzándose por no centrarse en los cadáveres, y buscó una puerta que tal vez llevara a su habitación. Le había dicho que estaba al otro lado de donde ellos habían dormido, cruzando la zona común.

Allí. Una puerta amarilla con un pomo de latón.

—Tiene razón —dijo Minho al grupo—. ¡Dispersaos para encontrarla!

—Puede que ya lo haya hecho.

Thomas comenzó a avanzar, sorprendido de lo rápido que había recuperado sus sentidos. Corrió hacia la puerta, esquivando mesas y cuerpos. Tenía que estar allí dentro, a salvo como ellos lo habían estado. La puerta estaba cerrada; eso era una buena señal. Probablemente estaba cerrada con llave. Quizás había caído

como él en un profundo sueño. Por eso había estado callada, sin responder.

Estaba a punto de alcanzar la puerta, cuando recordó que necesitarían algo para forzar la cerradura.

—¡Que alguien vaya a coger el extintor! —gritó por encima de su hombro.

El olor en la zona común era espantoso; le entró una arcada mientras respiraba profundamente.

—Winston, ve a buscarlo —ordenó Minho detrás de él.

Thomas llegó el primero a la puerta e intentó abrirla. El pomo no se movió, estaba bien cerrada. Entonces vio un pequeño cartel de plástico transparente, colgado de la pared a la derecha, de unos doce centímetros cuadrados. Habían metido un trozo de papel por la estrecha ranura, en el que había escritas varias palabras:

Teresa Agnes. Grupo A, Sujeto A-1. La traidora.

Por extraño que parezca, lo que más le llamó la atención a Thomas fue el apellido de Teresa. O al menos lo que parecía ser su apellido. Agnes. No sabía por qué, pero le sorprendió. Teresa Agnes. No se le ocurría nadie con ese nombre en el manchado conocimiento de historia que flotaba en sus recuerdos aún escasos. A él mismo le

habían puesto su nombre por Thomas Edison, el gran inventor. Pero ¿Teresa Agnes? Nunca había oído hablar de ella.

Por supuesto, todos sus nombres eran más una broma que otra cosa, seguramente la manera insensible con que los creadores —CRUEL o quien fuera el que les había hecho aquello— buscaron distanciarse de las personas reales robadas a madres y padres reales. Thomas estaba ansioso por saber cómo lo llamaron al nacer, qué nombre estaba grabado en la memoria de sus padres, fueran quienes fueran. Estuvieran donde estuvieran.

Los vagos recuerdos que recuperó al pasar por el Cambio le habían hecho pensar que no tenía padres que le quisieran. Que fueran quienes fueran, no le querían. Que le habían sacado de unas horribles circunstancias. Pero ahora se negaba a creerlo, sobre todo después de haber soñado con su madre durante la noche.

Minho chasqueó los dedos delante de los ojos de Thomas.

—¿Hola? Llamando a Thomas. No es buen momento para soñar despierto. Hay un montón de cadáveres y huele como los peores comistrajos de Fritanga. Espabila.

Thomas se volvió hacia él.

—Perdona. Tan sólo pensaba que es extraño que el apellido de Teresa sea Agnes.

Minho chasqueó la lengua.

—¿Y a quién le importa esa chorrada? ¿Qué querrán decir con que es la traidora?

—¿Y qué significa «Grupo A, Sujeto A-1»? —preguntó Newt, quien le pasó el extintor a Thomas—. Bueno, te toca a ti romper el puñetero pomo.

Thomas lo cogió y de repente se enfadó consigo mismo por malgastar unos pocos segundos pensando en la estúpida etiqueta. Teresa estaba allí dentro y necesitaba su ayuda. Intentó no preocuparse por la palabra «traidora», cogió el cilindro y golpeó el pomo de latón. Una sacudida subió por sus brazos cuando el metal repiqueteó contra el metal y el sonido se elevó por el aire. Notó que cedía un poco; dos martilleos más tarde, se cayó y la puerta se abrió de golpe un par de centímetros.

Thomas tiró el extintor a un lado y agarró la puerta para abrirla del todo. Una irritante anticipación se mezcló con el terror de lo que pudiera encontrar. Fue el primero en entrar en la habitación iluminada.

Era una versión más pequeña del dormitorio de los chicos; tan sólo había cuatro literas, dos cómodas y una puerta cerrada que debía de dar a otro cuarto de baño. Todas las camas estaban hechas, excepto una cuyas mantas se hallaban retiradas hacia un lado, la almohada colgaba por el borde y la sábana estaba arrugada. Pero no había ni rastro de Teresa.

—¡Teresa! —la llamó, con la garganta crispada por el pánico.

Se oyó el sonido zumbante y giratorio de la cisterna del váter que había al otro lado de la puerta cerrada y al instante el alivio inundó a Thomas. Fue tan fuerte que casi tuvo que sentarse. Estaba allí, es-

taba a salvo. Se tranquilizó y empezó a caminar hacia el lavabo, pero Newt le agarró del brazo.

—Estás acostumbrado a vivir con un puñado de chicos —dijo Newt—. No creo que sea cortés irrumpir en el maldito baño de mujeres. Espera a que salga.

—Entonces meteremos a todos aquí y tendremos una Reunión —añadió Minho—. En esta habitación no huele mal y no hay ventanas por las que puedan gritarnos esos raros.

Thomas no se había percatado de la falta de ventanas hasta aquel momento, aunque debería haber sido lo más evidente, considerando el caos de su propio dormitorio. Los raros. Casi se había olvidado de ellos.

—Ojalá se dé prisa —murmuró.

—Los traeré a todos —se ofreció Minho, que se dio la vuelta para regresar a la zona común.

Thomas se quedó con la vista clavada en la puerta del lavabo. Newt, Fritanga y unos cuantos clarianos entraron en la habitación y se sentaron en las camas inclinados hacia delante, con los codos sobre las rodillas, restregándose las manos distraídamente, con la ansiedad y la preocupación manifiestas en sus gestos.

¿Teresa? —dijo Thomas en su mente—. *¿Puedes oírme? Te estamos esperando aquí fuera.*

No hubo respuesta. Y todavía sentía esa burbuja de vacío, como si le hubieran arrebatado su presencia permanentemente.

Se oyó un clic. El pomo de la puerta del cuarto de baño se giró; luego la puerta se abrió hacia Thomas. Él dio un paso adelante, dispuesto a abrazar a Teresa, sin importarle quién estuviese allí para verlo. Pero la persona que entró en la habitación no era Teresa. Thomas se detuvo a media zancada y casi tropezó. Todo en su interior pareció derrumbarse.

Era un chico.

Llevaba el mismo tipo de ropa que les habían dado a todos la noche anterior: un pijama limpio con una camisa abotonada y unos pantalones de franela azul claro. Tenía la piel aceitunada y el pelo, oscuro, bastante corto. El aire de sorpresa inocente en su rostro fue la única cosa que impidió que Thomas agarrara a aquel pingajo por el cuello y lo zarandeara hasta conseguir sonsacarle algunas respuestas.

—¿Quién eres? —le preguntó Thomas, sin preocuparse de si aquellas palabras sonaban muy duras.

—¿Que quién soy? —respondió el chico con algo de sarcasmo—. ¿Quién eres tú?

Newt se había vuelto a poner de pie; en realidad, estaba más cerca del chico nuevo que Thomas.

—No nos fastidies. Nosotros somos muchos más que tú. Dinos quién eres.

El chico se cruzó de brazos y su cuerpo adoptó una actitud desafiante.

—Muy bien. Me llamo Aris. ¿Qué más queréis saber?

Thomas quería darle un puñetazo al chico. Le molestaba verle tan altivo y prepotente mientras Teresa estaba desaparecida.

—¿Cómo has llegado aquí? ¿Dónde está la chica que durmió aquí esta noche?

—¿Chica? ¿Qué chica? Yo soy el único que está aquí y así ha sido desde que me pusieron en esta habitación ayer por la noche.

Thomas se volvió para señalar en dirección a la puerta de la zona común.

—Ahí fuera hay un cartel que dice que esta es su habitación. Teresa... Agnes. No menciona a ningún pingajo llamado Aris.

Algo en su tono de voz debió de hacer que el chico comprendiera que no se trataba de una broma. Extendió las manos en un gesto conciliador.

—Mira, tío, no sé de qué estás hablando. Ayer por la noche me metieron aquí y dormí en esa cama —señaló a la que tenía las sábanas arrugadas y la manta—. Me he despertado hace unos cinco minutos y he ido a hacer un pis. No he oído en mi vida el nombre de Teresa Agnes. Lo siento.

El breve instante de alivio que Thomas había sentido al oír el ruido de la cisterna se había roto. Intercambió una mirada con Newt, sin saber qué más preguntar.

Newt se encogió de hombros ligeramente y luego se volvió hacia Aris.

—¿Quién te metió aquí ayer por la noche?

Aris levantó los brazos al aire, después los dejó caer y se dio una palmada en los costados.

—No tengo ni idea, tío. Un grupo de gente con pistolas que nos rescató dijo que a partir de ahora todo iría bien.

—¿De qué os rescataron? —preguntó Thomas. Aquello estaba resultando muy raro. Muy, muy raro.

Aris bajó la mirada al suelo y dejó caer los hombros. Era como si una ola de terribles recuerdos le hubiera embargado. Entonces por fin suspiró, levantó la vista para mirar a Thomas y contestó:

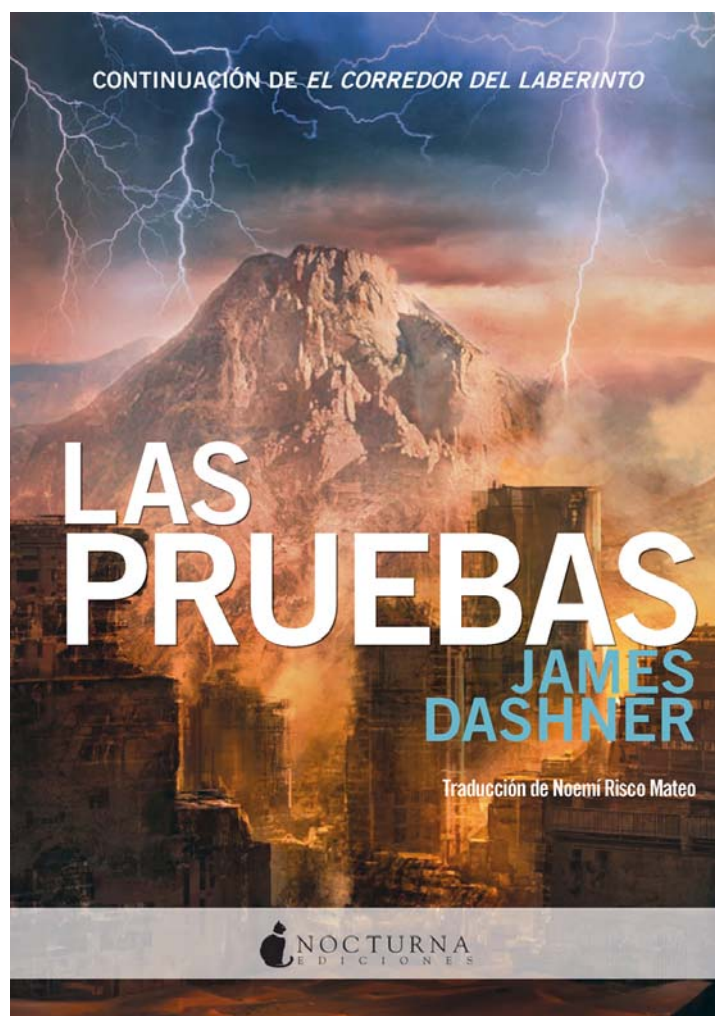
—Del Laberinto, tío. Del Laberinto.

SIGUE LEYENDO

A la venta: **09/2011**

LAS PRUEBAS

James Dashner



ISBN: 978-84-939200-0-5. **PVP:** 17 €



Distribución: UDL Libros (www.udllibros.com)
Ámbito nacional (España)